

Archivos y bibliotecas en la antigüedad*

Homero A. Calderón Rondón**
Universidad de Los Andes
Mérida. Estado Mérida. Venezuela

Resumen

Los primeros archivos que se conocen han sido localizados en el área del Cercano Oriente, concretamente en Mesopotamia y datan de aproximadamente unos 5.000 años. Estos se crearon primeramente por razones de tipo económico-religioso, cuando el hombre comprendió la necesidad de guardar memoria de los actos relacionados con sus actividades agrícolas o comerciales. Fueron mas que todo registros llevados a cabo por los sacerdotes en los templos; luego el palacio asumirá esta actividad adquiriendo un carácter político. Por las mismas razones las civilizaciones de Creta y Micenas, y tal vez en América Precolombina los Mayas, dejaron testimonios parecidos. Las bibliotecas se crearon mucho después, cuando el interés del hombre se centró en otras áreas del conocimiento, tanto del espíritu como de la ciencia.

Palabras clave: Archivos, bibliotecas, antigüedad, América precolombina

Abstract

The first know archives(5000 B.C) have been located in the ancient Near East, at Mesopotamy. They, at the beginning, had a economic meaning: the need for keeping register of their agraria and trade activity in charge of the temples priests. When the palace takes care of it get a political character. Also the Minoan and Micenic civilization and also the Precolombian América (the Mayas) left similar testimonies. The libraries, instead, were create lately when men started his interest on some other areas of knowledge , spirit and sciences, as well.

Key words: Ancient world-archives and libraries, precolombiam America records, history of archives and libraries in antiquity.

* NOTA DEL COMITÉ DE EDITORES: Este artículo fue culminado y presentado a *Presente y Pasado. Revista de Historia* en Enero 2002; siendo aprobada su publicación, a finales de ese mes, por el Comité de Arbitraje.

** Licenciado en Historia . Mérida. U.L.A. 1968. Curso de Perfeccionamiento en Historia Antigua., Universidad de Roma-Italia. 1975. Ex-Director de la Escuela de Historia U.L.A. Profesor Jubilado adscrito al Departamento de Historia Universal , Facultad de Humanidades y Educación. U.L.A. Mérida. Coordinador del Grupo de Investigación y Estudios Sobre Historia Antigua y Medieval (GIESHAM).

Introducción

Desde tiempos muy remotos el hombre trató de conservar el recuerdo de las gestas en que tal o cual personaje mítico o real, o él mismo como protagonista de los hechos, participó. Ese mismo deseo de perpetuar la memoria en otros campos del conocimiento: economía, política, filosofía, poesía, religión, (aún cuando en la antigüedad no existía una neta separación en estas disciplinas), originó la organización de archivos y bibliotecas.

Los archivos

Eran sitios en donde se custodiaban documentos públicos y privados que merecían ser conservados. Los templos y luego los palacios fueron los lugares de estos reservorios, pues en torno a ellos giraba toda la actividad política, económica, religiosa y la organización social. En ellos, los sacerdotes y administradores del palacio dejaban constancia de todos los actos. Los más antiguos, cuyos vestigios han llegado hasta nosotros son: el de Asurbanipal descubierto en Nínive, con características de biblioteca por la variedad de temas que se hallaban allí recogidos; el de Mari en la misma Mesopotamia; el de Tell el Amarna en Egipto que contenía la correspondencia diplomática de los tiempos de Amenofis III y Amenofis IV; el de Ebla en las costas de Siria junto al río Orontes y los que que mencionan La Biblia y Flavio Josefo en sus **Antigüedades judías**. Grecia, en sus inicios, también tuvo a los palacios como centros económicos y de control administrativo (civilizaciones de Creta y Micenas). Aquí, la arqueología ha puesto en evidencia archivos parecidos a los del Cercano Oriente. Con el surgimiento de las *polis*, los documentos más importantes comenzaron a ser depositados en el *metreon* consagrado a Deméter (Atenas, Delos, Delfos), y así como los sacerdotes en los templos y palacios eran los encargados de custodiar los archivos, en éstas existieron funcionarios con la misma misión, tales como los thesmothes en Atenas. En Roma, después de la expulsión de los reyes, tenemos noticias de la existencia

de numerosos archivos depositados en los templos, tales como los de Ceres, Saturno, Júpiter Capitolino, La Libertad, Las Ninfas, Libitina, etc., cada uno con una misión específica, pero como podemos notar, igual que en el Cercano Oriente, y Grecia, manteniéndose esa íntima vinculación entre religión y política. Una particularidad notable es que estos archivos eran de uso público. Durante el imperio hubo funcionarios encargados de la conservación de los archivos estatales: los *scrinia palatii* y los *sacra scrinia*. De ellos, el llamado *scrinium memoriae* tenía particular importancia, pues era el encargado de dirigir los *scrinarii*, unos ocupados de los documentos de cancillería, y otros de la conservación de los viejos libros, llamados por esta razón *anticuarii*. Todos estos funcionarios estaban bajo la jurisdicción del *magister scrinii memoriae*, nombrado directamente por el *princeps* o emperador. Bajo el reinado de Antonino Pío (138-161 a.C.) se decretó que cada ciudad tuviese su propio archivo, dándoles a éstos carácter oficial. Es de hacer notar que, como las bibliotecas, también existieron archivos privados; el jurisperito Pablo se refiere a ellos.

Las bibliotecas

Etimológicamente, la palabra viene del griego *biblios* libro y *thekos* armario o lugar para depositar libros. La primera biblioteca de que se tiene noticia fue la del ya mencionado rey Asurbanipal de Asiria, descubierta en Nínive en el siglo XIX, contentiva de unas 10.000 tablillas de arcilla cocida escritas en caracteres cuneiformes referentes a diversos asuntos: administrativos, literarios, mitológicos, rituales, listas reales, etc. Los egipcios, según Diodoro de Sicilia I,49, y la Biblia, también poseyeron bibliotecas de papiros, mucho antes de que Ptolomeo I fundara la famosa Biblioteca de Alejandría, enriquecida de tal manera durante todo el período ptolemaico que, para tiempos de César se dice que llegó a tener más de 700.000 volúmenes o rollos de papiro. En Grecia, según noticias de Estrabón, la primera gran biblioteca fue la de Aristóteles, cuya escuela se caracterizaba por su erudición enciclopédica, atribuyendo a su

influencia mediante el ateniense Demetrio de Faleros discípulo suyo, la fundación de la antes dicha Biblioteca de Alejandría , que tuvo como bibliotecarios al “ ... poeta Calímaco quien redactó el catálogo de la biblioteca, y al gran sabio Eratóstenes fundador de la cronología histórica y la geografía científica” (1). Sin embargo, mucho antes de Aristóteles ya se menciona la existencia de una primera biblioteca pública en tiempos de Pisístrato, tirano de Atenas en el siglo VI a.C. Aulo Gelio en sus **Noches áticas**, VII,1 así lo asevera:

“Se dice que el tirano Pisístrato había sido el primero en hacer que los libros relativos a las artes estuviesen disponibles al público para su lectura. Más adelante, los atenienses mismos levantaron un edificio para la colección con cuidado y afán. Pero cuando Jerjes ocupó Atenas y quemó la ciudad cercana a la Acrópolis, almacenó toda esa riqueza de libros y los llevó con él a Persia. Mucho después el Rey Selenco, conocido como Nicanor, habría restaurado todos estos libros a Atenas.” (2)

Desde el siglo V a.C. y durante toda la época helenística, en los reinos que participaban de esa cultura florecieron numerosas bibliotecas: la de Pérgamo, en donde se inventó el pergamino, y las no menos famosas de “...Rodas (especializadas en retórica y política), de Efeso, de Esmirna, de Halicarnaso...de Atenas...” (3). En ellos se desarrolló un ansia de saber como nunca antes, fruto de los nuevos contactos entre oriente y occidente a raíz de las conquistas de Alejandro Magno. La *cultura libresco* que nació entonces, hizo que algunos ricos mercaderes se dedicasen al *comercio libresco*, por los beneficios económicos que les reportaban. Pero era sobretodo en las bibliotecas en donde se realizaba la compra y venta de libros. Utilizando mano de obra esclava, los célebres *esclavos ilustrados*, se copiaban miles de textos de acuerdo a la demanda. La labor encomendada a esos *obreros del saber*, bajo la tutela de los ilustres directores de esos centros del conocimiento, no era la de sólo copistas, pues iba acompañada de juicios críticos, a más de realizar resúmenes, reseñas, títulos, sumarios, correcciones ortográficas, signos críticos, identificación de autores, divisiones de obras muy

voluminosas en libros (las **Historias** de Heródoto, el padre de la historia, fueron divididas en nueve libros cada uno dedicado a una Musa en este período).

El trabajo intelectual de búsqueda y recolección de datos, fuentes, etc., realizado por los investigadores en esta época, algunos de ellos de una erudición tan vasta que sorprende por la variedad de temas tratados, lo numeroso de su producción y la amplitud de muchas de sus obras, sólo puede explicarse por la ayuda que esos *obreros del saber* les proporcionaron, por si solos es imposible que hubieran podido efectuarlo.. Basta con leer la correspondencia de Cicerón para darnos cuenta de ello. En una de sus cartas a Celio solicita este tipo de colaboración para enterarse de todo lo que acontecía en Roma. Celio, con la ayuda de escribanos contratados para tal fin, completó dos volúmenes de *memoriales* que remitió a su amigo diciéndole:

“...la grandeza del volumen que he enviado me excusará (creo) para contigo fácilmente. Porque sería menester estar muy desocupado, no solamente para escribir tantas cosas, sino aun para haberlas de notar. Porque van allí todas las ordenanzas del senado, los edictos, lo que se dice por la ciudad, las nuevas que hay. Y si esta manera de darte aviso no te parece bien, avísame de ello.” (4)

Roma, a raíz de la conquista de Grecia y la expoliación de sus tesoros y obras de arte, vio nacer las primeras bibliotecas privadas. Plutarco dice que, Paulo Emilio después de derrotar a Perseo en Pidna en el 168 a.C., concedió a sus hijos que trasladasen a Roma los libros del vencido rey. Parecido despojo realizó Sila a la biblioteca de Apelícón de Teos, la cual contenía la de Teofrasto. De igual manera, Lúculo más tarde organizó bibliotecas en la ciudad del Tiber con los libros fruto del pillaje realizado durante las conquistas. Famosas fueron las bibliotecas de Marco Terencio Varrón y Cicerón; este último, según encontramos en su correspondencia dirigida a Atico, además de consultarlo sobre diversos asuntos, le solicitaba en préstamo libros de su bien dotada biblioteca.

Es importante señalar que, a diferencia de las numerosas bibliotecas que existieron durante el período helenístico, las romanas, durante la época republicana a la que hemos aludido, eran de carácter privado. César fue el primero en concebir la idea de fundar una biblioteca pública, y hasta encargó al erudito M. Terencio Varrón su organización; lamentablemente, la muerte del dictador ocurrida en las Idus de Marzo del 44 a.C., dejó truncada su obra, la cual realizó posteriormente bajo Augusto. Sin embargo, Asinio Polión le disputó el honor, al inaugurar poco antes la primera biblioteca pública de Roma. Después de Augusto, su hermana Octavia y algunos de los emperadores sucesivos abrieron muchas otras; una de las más nombradas es la célebre Biblioteca Ulpia, frecuentemente nombrada por los historiadores de la **Historia Augusta**.

Los libros en América Precolombina

América, según la división Euro-céntrica de la historia, no formó parte de la llamada edad antigua, sin embargo, queremos referirnos a ese período anterior al descubrimiento que debiera ser incluido en esa división como antigüedad americana.

Sabemos por testimonios escritos de los mismos frailes que junto a los conquistadores llegaron al continente, que existía entre los mayas una rica literatura que trataba de diversas materias: religión, historia, astronomía, poesía, vida cotidiana, etc. Los textos estaban escritos en caracteres jeroglíficos, aun no descifrados en su totalidad, sobre materiales duros como piedra, hueso, cerámica, estuco, madera, jade y la mayor parte sobre materia blanda, en códices elaborados en tiras de papel de amate o de piel de venado. Dichos textos eran conservados por los sacerdotes, quienes monopolizaron en un primer momento todo el saber y el poder político, compartiéndolo luego con los gobernantes y tal vez los nobles. En las grandes festividades, eran leídos por aquellos al pueblo, escenificándose mitos y leyendas que mantenían viva la tradición.

El fanatismo religioso dogmático, propio del hombre que aun no había roto las ataduras con la edad media, hizo que los frailes se dieran a la tarea de destruir cuantos códices pudieron hallar sin importar los medios, sometiendo a los sacerdotes custodios de ellos a las peores torturas y a la muerte. De allí que al cabo de poco tiempo habían desaparecido tanto los códices originales como quienes podían leerlos. El obispo Fray Diego de Landa, autor de una de las obras mas importantes sobre la cultura maya, **Relación de las cosas de Yucatán**, quien a su vez protagonizó el famoso “auto de fe de Maní”, representa el ejemplo mas claro de lo dicho.

Hallámosles gran número de libros de estas sus letras, y porque no tenían cosa en que no hubiese supersticiones y falsedades del demonio, se los quemamos todos, lo cual sintieron a maravilla y les dio mucha pena. (4)

Lo que conocemos de ese acerbo cultural maya precolombino se debe a la labor realizada por algunos indígenas preocupados por conservar su pasado, tradiciones y costumbres, aun cuando ya habían sido penetrados por la cultura europea occidental. Escribieron en su propia lengua y sirviéndose del latín que los frailes les enseñaban para su adoctrinamiento.

Será en tiempos de la colonia, cuando ya se habían desarrollado los primeros asentamientos fundados por los conquistadores, que aparecerán las primeras bibliotecas en América. La más antigua de que se tiene noticia es la del ilustre prelado Fray Juan de Zumarraga (1528-1548) en la capital de la Nueva España.

La importancia que tuvieron los archivos y bibliotecas en la antigüedad sólo podemos valorarla comparándola con la que damos a unos y otras en la actualidad. Sin ellos no podría realizarse ningún trabajo de investigación verdaderamente serio, sobretodo en el campo de las ciencias sociales. Pretender escribir la historia del pasado de la humanidad sin auxilio de éstos sería simplemente conjeturar o plantear hipótesis

imposibles de probar. Como los laboratorios para el científico, ellos fueron, son y serán los repositorios de esos invaluable materiales que nos permiten mantener vivo el recuerdo de nuestros ancestros y valorar debidamente la herencia que nos legaron.

Notas y bibliohemerografía

- ¹ Pierre Devambez, *Diccionario de la Civilización Griega*, Barcelona, Ediciones Destino, 1972, *Bibliotecas*, p. 81.
- ² Fernando Báez, *Antiguas bibliotecas griegas desaparecidas*, en *Frontera*, 04-02-02, p. 3c.
- ³ Idem.
- ⁴ Cicerón, *Cartas familiares*, traducción de Pedro Simón Abril, Buenos Aires, Ed. Anaconda, 1946, VIII, 1 y VIII, 2.
- ⁵ Mercedes de la Garza, *Literatura Maya*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1992, prólogo, p. IX-X.

